Problemas del movimiento obrero británico (1925-1926, Comité Anglo-Ruso, partido, frente único, sindicato)

León Trotsky

19 de mayo de 1926

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "Problems of the British Labour Movement", en "Trotsky Internet Archive" (11/11/2026); también para las notas.)

El artículo que se reproduce a continuación está compuesto por fragmentos escritos en distintos momentos desde finales del año pasado. En un principio, estos fragmentos estaban destinados a constituir el material para una obra más completa. La huelga general, como cualquier acontecimiento trascendental, cambió de inmediato nuestras perspectivas, puso de relieve algunos problemas y eliminó otros. Desde el punto de vista de la comprensión y evaluación de la huelga general y sus consecuencias, ahora parece más adecuado publicar estos fragmentos tal y como fueron escritos, es decir, siguiendo cronológicamente los hechos y acontecimientos a los que se refieren.

19 de mayo de 1926

22 de diciembre de 1925

Ya hemos mencionado que tenemos en nuestro poder dos cartas de un socialista británico de "izquierdas", separadas por un intervalo de varias semanas. La primera carta fue escrita antes de la Conferencia del Partido Laborista en Liverpool (septiembre de 1925)[1] y la segunda, después de ella.

> La cuestión más trascendental en el mundo de la política (escribe nuestro corresponsal en la primera carta) es, sin duda, qué sucederá en Liverpool en la Conferencia Anual del Partido Laborista… Es muy probable que la Conferencia de Liverpool no solo revoque la resolución del año pasado que prohibía la afiliación de comunistas, sino que posiblemente provoque una escisión decisiva en las filas del Partido Laborista.

Como ahora sabemos, ocurrió exactamente lo contrario. La derecha salió totalmente victoriosa. La izquierda ofreció una imagen lamentable de impotencia y confusión. La prohibición de los comunistas fue ratificada y reforzada.

En la segunda carta, escrita justo después de la conferencia, nuestro corresponsal hace la siguiente confesión:

> En cuanto a la Conferencia de Liverpool, a la que no asistí, solo puedo hacer un comentario. La derecha se impuso, mientras que la izquierda volvió a mostrar una cohesión insuficiente. Los comunistas también obtuvieron una victoria. La derecha le hizo el juego a los comunistas...

El mismo corresponsal apenas comprende lo que esto significa. Pero, no obstante, la lógica de los hechos es sencilla: si se desea la victoria sobre el macdonaldismo, sobre

[1] La Conferencia de Liverpool del Partido Laborista se celebró del 29 de septiembre al 2 de octubre de 1925. El Ejecutivo Nacional recomendó que: (a) ningún miembro del partido comunista pudiera ser elegido para convertirse en miembro de una sección local del Partido Laborista ni permanecer como tal, y que (b) ningún sindicato afiliado nombrara a delegados comunistas para las conferencias nacionales o locales del Partido Laborista. Pollitt, del partido comunista, presentó una moción para que se retirara la referencia del punto (a), que fue rechazada por 321.000 votos frente a 2.871.000. Shinwell presentó una moción para que se retirara la referencia del punto (b), que fue rechazada por 480.000 votos frente a 1.692.000. En el período previo a la conferencia, el partido comunista había organizado una campaña para que se levantara la prohibición que pesaba sobre los comunistas, y 75 secciones locales del Partido Laborista, consejos sindicales y tres sindicatos aprobaron mociones en este sentido.

la traición organizada y sobre la perfidia elevada a sistema, entonces hay que actuar no con el espíritu de la "izquierda", sino con el espíritu de los bolcheviques. Es en este sentido, y solo en este sentido, en el que la derecha hace el juego a los comunistas.

La clase obrera está, en palabras del mismo crítico, "agobiada por ambas alas extremas". ¡Qué forma tan acertada de expresarlo! Lo que nuestra "izquierda" llama ala derecha es la dirección oficial del Partido Laborista. La voluntad política del proletariado británico debe pasar, le guste o no, por la aduana de Thomas y MacDonald. El ala opuesta, es decir, los comunistas, representa una minúscula minoría perseguida dentro del movimiento obrero. ¿De qué manera puede la clase obrera verse "agobiada" por ellos? Es libre de escucharlos o no, pues no tienen en sus manos ningún medio para imponerse. Detrás de Thomas y MacDonald se encuentra toda la maquinaria del estado capitalista. MacDonald expulsa a los comunistas, mientras que Baldwin los encarcela. Uno complementa al otro. La clase obrera solo podrá deshacerse de MacDonald cuando desee genuinamente deshacerse de Baldwin. Es absolutamente cierto que la clase obrera se ve lastrada por su dependencia de la burguesía fabiana conservadora. Pero aún no sabe cómo librarse de ellos ni qué camino debe elegir. La izquierda refleja el letargo de la clase obrera británica. Convierten su aspiración (aun vagamente definida, pero profunda y obstinada) de liberarse de Baldwin y MacDonald en frases de oposición de izquierdas que no les imponen ninguna obligación. Convierten la debilidad política de las masas que despiertan en una mezcolanza ideológica. Representan la expresión de un cambio, pero también su freno.

Ya hemos oído una profecía en el sentido de que la Conferencia de Liverpool daría lugar a una escisión decisiva en las filas del Partido Laborista y hemos visto qué cruel burla ha hecho la vida de esta profecía. Lo esencial de los centristas es que no toman la decisión de decidir. Fue necesaria la guerra imperialista para obligar a los centristas a separarse temporalmente de los socialimperialistas. En cuanto se atenuó el impacto de los acontecimientos, los centristas dieron marcha atrás. El centrismo es incapaz de llevar a cabo una política independiente. El centrismo no puede ser el partido líder de la clase obrera. Lo esencial del centrismo es que no toma la decisión de decidir, salvo cuando los acontecimientos lo agarran con fuerza por el cuello. Pero en Gran Bretaña aún no se ha llegado a esa etapa: por eso no hubo escisión en Liverpool.

Pero, ¿qué habría ocurrido si, a pesar de todo, se hubiera producido una escisión? Nuestro corresponsal no nos aclara esta cuestión:

> Como resultado de tal escisión en el actual Partido Laborista, acabarían formándose dos partidos: uno liberal de izquierdas y otro genuinamente socialista. Incluso si se admite que la evolución conducirá a crisis económicas y revoluciones, el partido socialista que surgiría de la escisión sería capaz de situarse al frente de la revolución; sin embargo, Trotsky no tiene en cuenta este punto.

En este argumento, los atisbos de verdad se pierden en un marasmo de confusión. Por supuesto, una escisión de los centristas (como nuestro crítico) que se alejase de la burguesía fabiana no sería irrelevante para el movimiento obrero. Pero provocar tal escisión en la actualidad requeriría perspicacia y determinación, que son precisamente las cualidades de las que la "oposición" británica carece por completo. Si los centristas se escindieran, sería en el último momento, cuando ya no quedara otra salida. Pero un partido que surge en el "último momento" no puede liderar la revolución. Esto no significa que los centristas que se hayan escindido no puedan encontrarse temporalmente "al frente" de las masas, al igual que los independientes alemanes e incluso la socialdemocracia a finales de 1918, y nuestros mencheviques y socialrevolucionarios[2] tras febrero de 1917. No se

[2] El Partido Socialista-Revolucionario Ruso fue fundado por Chernov en 1903 a partir de diversos grupos pequeñoburgueses, populistas y estudiantiles. El partido se apoyaba en el campesinado y en la

puede descartar tal etapa en el desarrollo de la revolución británica. Incluso podría resultar inevitable si el agudizamiento de las contradicciones sociales avanza más rápidamente que la formación del partido comunista. Bajo la presión de una huelga general y un levantamiento victorioso, una determinada parte de los dirigentes de "izquierda" podría incluso llegar al poder (con aproximadamente las mismas sensaciones y estados de ánimo con los que un ternero va al matadero). Sin embargo, tal situación no duraría mucho tiempo. Los independientes, a pesar de toda su política, podrían llegar al poder. Pero no podrían conservar ese poder. De manos de los centristas, el poder debe pasar bien a los comunistas, bien volver a la burguesía.

Los independientes alemanes, que habían sido elevados contra su voluntad a la cúspide del poder por la revolución, lo compartieron inmediatamente con Ebert[3] y Scheidemann[4]. Ebert entabló de inmediato negociaciones con el general Groener para reprimir a los obreros. Los independientes criticaron a los espartaquistas[5], los socialdemócratas los calumniaron y la casta de oficiales del ejército fusiló a Liebknecht[6]

---

intelectualidad radical, aunque también reclutaba a obreros. En 1905 se alió con los liberales burgueses y, en 1906, el ala derecha formó un bloque con los demócratas constitucionales. Su política, esencialmente liberal, solía quedar enmascarada por actos terroristas al estilo de los populistas. Al estallar la guerra, la mayoría adoptó una postura patriótica, aunque una pequeña minoría se opuso a la guerra. En 1917, el ala derecha del partido, representada por Kerensky, y el centro, encarnado por Chernov, asumieron un papel destacado en el Gobierno Provisional y negaron a los campesinos la tierra que el partido siempre les había prometido. El ala izquierda del partido, liderada por Spiridonova y Steinberg, se unió a los bolcheviques en el primer gobierno de obreros y campesinos y formó un Partido Socialista de Izquierda en diciembre de 1917. Sin embargo, tras la paz de Brest, dimitieron y recurrieron al terrorismo para provocar la reanudación de la guerra con Alemania y organizaron una rebelión contra el poder soviético en alianza con los blancos.

[3] Friedrich Ebert (1871-1925), guarnicionero de profesión, había alcanzado puestos de responsabilidad en el Partido Socialdemócrata Alemán cuando falleció Bebel en 1913. A partir de entonces compartió la dirección del partido con Scheidemann y fue, al igual que él, uno de los principales socialpatriotas durante la guerra. Cuando los independientes se escindieron en 1917, concentró el control del partido en sus manos y desempeñó un papel clave en la traición a la revolución alemana de noviembre de 1918 y en la preservación del estado y el ejército capitalistas. Desde entonces hasta su muerte fue presidente de la república burguesa de "Weimar" y el agente de mayor confianza de la burguesía en el movimiento obrero alemán.

[4] Philipp Scheidemann (1865-1939), el colaborador más cercano de Bebel en el Partido Socialdemócrata Alemán, asumió su dirección (junto con Ebert) cuando Bebel falleció en 1913. Patriota acérrimo durante la guerra, desempeñó un papel decisivo a la hora de vincular a la clase obrera alemana y a su partido al esfuerzo bélico imperialista. Se convirtió en canciller del primer gobierno de coalición burgués en 1919. Se retiró de la vida política poco después.

[5] Miembros de la fracción revolucionaria de la socialdemocracia alemana, formada en 1916 y liderada por Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y Franz Mehring. Llevaron a cabo una agitación revolucionaria contra la guerra y, tras la revolución de noviembre de 1918, cuando los independientes se opusieron al poder soviético en Alemania, fundaron el Partido Comunista de Alemania. [*Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*, en estas mismas EIS y "Programa del Partido Comunista Alemán-Liga Espartaco, 1918" en nuestra serie Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales, junto con otros textos pertinentes].

[6] Karl Liebknecht (1871-1919), fundador del movimiento comunista alemán e hijo del cofundador del Partido Socialdemócrata Alemán. Antes de la Primera Guerra Mundial fue un activo opositor al militarismo y fue encarcelado por su agitación. En 1914, junto con Luxemburg, Mehring y Zetkin [Clara Zetkin, escritos, también serie en estas EIS] se opuso públicamente al apoyo oficial del partido socialdemócrata a la guerra. En 1915 comenzó a organizar la Liga Espartaco y, cuando se celebró ese año en Zimmerwald la Conferencia Socialista Internacional [Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional, también serie en estas EIS] para formular una política de oposición a la guerra, escribió desde el ejército, donde había sido reclutado: "No paz civil, sino guerra civil: ese es nuestro lema". Fue expulsado del grupo parlamentario socialdemócrata en 1916 y encarcelado ese mismo año por agitación contra la guerra. Profundamente inspirado por la revolución rusa y liberado de prisión gracias a la revolución de 1918, lideró la lucha contra los demócratas y los independientes, y por la transferencia inmediata e incondicional del poder estatal a los sóviets formados durante la revolución. Lideró el levantamiento de Berlín de enero de

y a Luxemburg.[7] A partir de entonces, los acontecimientos siguieron su secuencia lógica. La coalición entre socialdemócratas e independientes dio paso a una coalición entre capitalistas y socialdemócratas. Y entonces los socialdemócratas resultaron innecesarios. Ebert murió en el momento oportuno. La revolución que había comenzado contra Hindenburg[8] acabó eligiendo a Hindenburg presidente de la república. Y para entonces los independientes ya habían vuelto a las filas de Ebert.

En Rusia, los patriotas mencheviques y socialrevolucionarios que, en nombre de la defensa, se habían opuesto a la revolución por todos los medios, fueron aupados al poder por la propia revolución. El Partido Bolchevique, a pesar de una década y media de trabajo educativo, organizativo y militante sin concesiones, se encontró en las primeras etapas en una minoría insignificante. Aunque estaba preparado en todo momento para salir al flanco izquierdo contra cualquier intento de contrarrevolución, se encaminó, no obstante, hacia una lucha ideológica implacable contra aquellos partidos que se habían visto, en contra de su voluntad, al frente de la revolución. Solo gracias a ello fue posible el octubre.

No se descarta una escisión de los independientes británicos de MacDonald y Thomas cinco minutos antes de que suene la campana. Tampoco se descarta que los centristas lleguen al poder en caso de un desarrollo precipitado de los acontecimientos. No cabe duda de que, en tal caso, implorarán a MacDonald y a Webb que compartan con ellos su carga. Tampoco cabe duda de que MacDonald, ya sea personalmente o a través de Thomas, entablará negociaciones con Joynson-Hicks. Se pondrá en marcha un poderoso mecanismo para liquidar la media victoria proletaria. Es muy posible que se produzca una nueva escisión en el seno de la izquierda. Pero el desarrollo seguirá la vía "rusa" en lugar de la "alemana" solo allí donde exista un partido comunista de masas dotado de una comprensión clara de todo el curso del desarrollo.

⁂

28 de diciembre de 1925

Nuestro crítico de "izquierda" nos acusa precisamente de que apostamos por el Partido Comunista Británico. Esto no significa que él mismo lo rechace de plano. No, la postura de una "izquierda" que va a la deriva como un barco sin timón ni velas consiste en no reconocer nada de entrada ni rechazar nada por completo. Aquí nos vemos obligados una vez más a citar:

1919 y, tras su represión por parte de Scheidemann, Ebert y Noske, fue detenido y asesinado por un pelotón de oficiales contrarrevolucionarios.

[7] Rosa Luxemburg era una socialdemócrata de izquierdas que se opuso a la guerra y participó en la formación de la Liga Espartaco. Encarcelada durante la guerra, escribió artículos sobre diversas cuestiones teóricas y, en particular, abogó por la formación de una nueva Internacional. Tras la revolución de 1918, participó en la organización del partido comunista y fundó *Rote Fahne*, su órgano central. Tras el levantamiento de enero, fue detenida y asesinada junto con Karl Liebknecht. [además de las ya referenciadas arriba, *Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*; también pueden descargarse desde estas mismas EIS: *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*].

[8] Paul von Benekendorff und von Hindenburg (1847-1934), aristócrata y militar prusiano que combatió en la batalla de Königgrätz en 1866 y en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, ascendió a general en 1903 y se retiró en 1911. Llamado de nuevo al servicio por el káiser al estallar la Primera Guerra Mundial, él y Ludendorff obtuvieron decisivas victorias iniciales sobre los rusos. En 1918 supervisó la retirada de los ejércitos alemanes y participó en los acuerdos secretos alcanzados entre Ebert y Scheidemann y los líderes militares monárquicos contrarrevolucionarios para aplastar la incipiente revolución obrera. A la muerte de Ebert en 1925, fue elegido presidente de la república y, en los últimos años de la república, apaciguó el ascenso de Hitler e invocó en varias ocasiones los poderes de emergencia para gobernar por decreto, lo que reforzó de hecho el poder de la derecha. Para los monárquicos, era considerado una especie de regente.

> En lugar de intentar regenerar a las masas, ellos (los comunistas) intentaron impulsarlas a golpe de porra, y a las masas esto no les gusta en absoluto. Un testimonio llamativo que respalda la corrección de los principios que defienden radica en el hecho de que, a pesar de sus burdas artimañas a costa de sus amigos y enemigos, y a pesar de su profunda ignorancia sobre las mismas masas a las que desean dirigir, sin embargo, ejercen una gran influencia. Si los obreros se unen a ellos, lo hacen por desesperación y porque no ven otra salida; no porque aprueben al partido tal y como es ahora, sino porque se ven obligados a aceptar sus conclusiones.

Esta afirmación es verdaderamente notable como testimonio involuntario de un opositor en apoyo de aquellas ideas y métodos contra los que está librando una lucha.

La fuerza interior del comunismo demuestra ser tan grande que un número cada vez mayor acaba apoyándolo a pesar del carácter "burdo" de los comunistas. "¡Pero los obreros lo hacen por desesperación!", exclama nuestro propio crítico, al parecer no sin cierta desesperación. Es totalmente cierto que los obreros llegan (y cada vez más a medida que pasa el tiempo) a un estado de verdadera "desesperación" debido a una dirección inútil, traicionera, cobarde o disoluta. Tampoco se puede pensar que los obreros británicos, con sus tradiciones seculares de política liberal, parlamentarismo, compromisos, orgullo nacional y demás, se lancen por la vía revolucionaria si no es en un estado de absoluta desesperación ante esa misma política que antes les había dado algo, pero que los ha engañado en todo momento. Aquí el crítico ha llegado al quid de la cuestión. Es precisamente en esto donde reside la fuerza del partido comunista: a pesar de su debilidad numérica, su inexperiencia y sus errores, la situación en su conjunto obliga cada vez más a las masas trabajadoras a prestarle atención.

Bruce[9], primer ministro australiano, al defender su política de destierro de los líderes sindicales revolucionarios, dijo en vísperas de las últimas elecciones:

> El Partido Comunista de Australia cuenta con menos de mil afiliados. Pero es capaz de dirigir a 400.000 obreros en la Commonwealth.

The Times citó estas palabras con gran aprobación (véase el artículo de fondo del 12 de noviembre de 1925). Al hablar de Australia, *The Times* de Londres tiene en mente, por supuesto, a Gran Bretaña. Para subrayar esto, el periódico afirma con una franqueza descarnada:

> La verdad es que la gran mayoría de aquellos líderes laboristas de Australia que son moderados en sus opiniones son igualmente moderados en su capacidad. El control del partido está pasando cada vez más a manos de sus "hombres rebeldes".

Esto es lo que en ruso se denomina "darle una paliza al gato, pero insultar a la cuñada". Estamos totalmente de acuerdo con el periódico en que la capacidad de los líderes oficiales del Partido Laborista británico (esto es lo que da a entender *The Times*) es tan moderada como sus opiniones. Pero, en última instancia, no se les exige capacidad propia, pues se limitan a transmitir la voluntad y las ideas de la burguesía británica al seno de la clase obrera. Fueron "hábiles" mientras la burguesía fue todopoderosa. Debemos decir que incluso el sabio *Times* nos parece un tanto insustancial cuando balbucea sobre las relaciones mutuas entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto se debe a una conciencia interna de debilidad, unida a un esfuerzo por preservar la apariencia de fortaleza y a un refrenado crujir de dientes. A la hora de la verdad, la causa del declive de *The Times*, así como la revelación de las modestas capacidades de MacDonald, radica en la deficiente balanza comercial y de pagos de Gran Bretaña. Y en la medida en que los factores históricos más poderosos están actuando en la perturbación de la balanza de pagos

[9] Stanley Melbourne Bruce (1883-1967), político burgués australiano formado en Cambridge. Entró en el parlamento australiano en 1918 y fue primer ministro entre 1923 y 1929. En 1925, su gobierno tomó medidas represivas contra una ola de agitación laboral en toda Australia.

británica, no cabe duda de que las masas obreras se sentirán cada vez más desesperadas con sus antiguos líderes y caerán bajo la influencia de los "hombres rebeldes".

⁂

5 de enero de 1926

En una publicación estadounidense con pretensiones marxistas e incluso comunistas (*Freiheit*) a modo de crítica se ha señalado que, al criticar a los centristas británicos, no había tenido en cuenta la "revolución" que ya había tenido lugar en los sindicatos británicos.

No es necesario mencionar en estos momentos que las causas y perspectivas de la evolución de los sindicatos se han señalado en el capítulo "Tradeunionismo y bolchevismo"[10]. Tampoco es necesario repetir el concepto básico de que, sin un giro de la clase obrera (y, por consiguiente, también de sus sindicatos) hacia una vía revolucionaria, no puede hablarse de una conquista del poder por parte del proletariado.

Pero sería una verdadera vergüenza dejar de lado la lucha contra el oportunismo en la cúpula dirigente aludiendo a los profundos procesos revolucionarios que tienen lugar en la clase obrera. Ese enfoque supuestamente "profundo" se deriva enteramente de una falta de comprensión del papel y la importancia del partido en el movimiento de la clase obrera y, especialmente, en la revolución. Porque siempre ha sido el centrismo el que ha encubierto y sigue encubriendo los pecados del oportunismo con referencias solemnes a las tendencias objetivas del desarrollo. ¿Merece la pena perder tiempo y energía luchando contra los confusos del tipo de Wheatley, Brailsford, Purcell, Kirkwood y otros, ahora que las aspiraciones revolucionarias van en aumento en el proletariado, ahora que los sindicatos se están orientando hacia la cooperación con los sindicatos soviéticos, etcétera, etcétera? Pero, en realidad, lo que se expresa en este supuesto objetivismo revolucionario no es más que un intento de eludir las tareas revolucionarias trasladándolas a los hombros del llamado proceso histórico.

Y es en Gran Bretaña donde el peligro de este tipo de tendencia es particularmente grande. Ayer tuvimos que demostrar que las condiciones objetivas allí están avanzando en una dirección revolucionaria. Seguir repitiéndolo hoy es como llamar a una puerta abierta. El creciente predominio de Estados Unidos; la carga de la deuda y el gasto militar; la industrialización de las colonias, los dominios y los países atrasados en general; el fortalecimiento económico de la Unión Soviética y el crecimiento de su atractiva fuerza revolucionaria; el movimiento de liberación de las naciones oprimidas; todos estos son factores que van en aumento. A través de una serie inevitable de fluctuaciones en la coyuntura de los acontecimientos, el capitalismo británico se encamina hacia una catástrofe. Es evidente qué cambios en las relaciones de fuerza y en la conciencia de clase esto implica. Pero las condiciones objetivas previas a la revolución proletaria se están preparando y madurando mucho más rápidamente que las subjetivas. Y esto es lo que, sobre todo, hay que recordar hoy.

El peligro no radica en que la burguesía vuelva a pacificar al proletariado, ni en que se abra de nuevo ante los sindicatos una era de política laboral liberal: Estados Unidos se ha arrogado en exclusiva la capacidad de otorgar una posición privilegiada a amplios sectores del proletariado. El peligro proviene de otra dirección: la formación de una vanguardia proletaria puede ir a la zaga del desarrollo de una situación revolucionaria. Ante la necesidad de emprender acciones decisivas, es posible que el proletariado no encuentre a la cabeza la dirección política necesaria. Esta es la cuestión del partido. Y esta

[10] Capítulo dentro de *¿A dónde va Inglaterra? Europa y América*, páginas 68-76 del formato pdf en nuestras Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

es la cuestión central. La situación revolucionaria más madura, sin un partido revolucionario de la debida envergadura y sin una dirección correcta, es como un cuchillo sin hoja. Esto es lo que vimos en Alemania en el otoño de 1923. Un Partido Bolchevique solo tomará forma en Gran Bretaña en una lucha perpetua e irreconciliable contra el centrismo, que se está convirtiendo en el sustituto de la política liberal del Partido Laborista.

⁂

6 de enero de 1926

La lucha por un frente único reviste tal importancia en Gran Bretaña, precisamente, porque responde a las exigencias elementales de la clase obrera en la nueva orientación y agrupación de fuerzas. La lucha por un frente único planteará, por tanto, el problema de la dirección, es decir, del programa y la táctica, y esto significa el partido. Sin embargo, la lucha por un frente único no resolverá por sí sola esta tarea, sino que se limitará a crear las condiciones para su solución. La formación ideológica y organizativa de un partido genuinamente revolucionario, es decir, comunista, partido sobre la base del movimiento de las masas, solo es concebible bajo la condición de un desenmascaramiento continuo, sistemático, inflexible, incansable e irreconciliable de los dirigentes cuasiizquierdistas de todo tipo, de su confusión, de sus concesiones y de sus reticencias. Sería un error garrafal pensar (y se ve que esto ocurre) que la tarea de la lucha por un frente único consiste en lograr la victoria de Purcell, Lansbury, Wheatley y Kirkwood sobre Snowden, Webb y MacDonald. Tal objetivo contendría en sí mismo una contradicción. Los confusos de la izquierda son incapaces de ejercer el poder; pero, si este cayera, por el giro de los acontecimientos, en sus manos, se apresurarían a traspasárselo a sus hermanos mayores de la derecha. Harían con el estado lo mismo que están haciendo ahora en el partido.

La historia de los independientes alemanes, recordémoslo de nuevo, nos ofrece lecciones instructivas al respecto. En Alemania, el proceso se desarrolló a un ritmo más rápido debido al carácter directamente revolucionario de los últimos años de la historia alemana. Pero las tendencias generales del desarrollo son las mismas, ya se llame a MacDonald "Ebert" o se bautice a Wheatley y Cook como Crispien[11] e Hilferding[12]. El hecho de que Hilferding, el filisteo más vulgar, siga haciendo referencia a Marx, mientras que Wheatley muestra preferencia por el Santo Padre de Roma, se deriva de las

[11] Artur Crispien (1875-1946), socialdemócrata alemán que se convirtió en uno de los principales miembros del Partido Socialdemócrata Independiente. Junto con Haase, entre 1918 y 1920 gozó de un considerable apoyo entre la clase obrera alemana. Asistió al Segundo Congreso Mundial de la Comintern en 1920 y participó en las negociaciones sobre la afiliación de los independientes, aunque él mismo se opuso a dicha afiliación junto con Dittman, Hilferding y Kautsky. Centrista intransigente, acabó volviendo con los reformistas después de que el núcleo de los Independientes se reincorporara a los socialdemócratas en 1922.

[12] Rudolf Hilferding (1878-1941), socialdemócrata alemán que escribió varios libros sobre economía y política y que, al apoyar la postura moderada de Kautsky respecto a la guerra imperialista, se afilió a los independientes. Entre 1918 y 1920 intentó elaborar complejos esquemas constitucionales que representaran un compromiso entre el parlamentarismo y la dictadura del proletariado. Cuando los independientes se escindieron en Halle en 1920 a raíz de la actitud hacia el partido comunista, él lideró el ala derecha y, en 1922, se convirtió en líder de los socialdemócratas, que se habían reunificado. En 1923, a pesar de su anterior oposición a la participación en gobiernos burgueses, se convirtió en ministro de hacienda en la "Gran Coalición" de Stresemann, formada por liberales, el Centro católico, demócratas y socialdemócratas. Murió en el anonimato. [Este comentario final no es estrictamente cierto. Tras la llegada al poder de los nazis en 1933, Hilferding se exilió y fue uno de los principales miembros del SPD en el exilio. Fue detenido por la Gestapo en París en 1941 y murió en prisión a causa de las lesiones sufridas mientras era torturado por sus captores. – Nota del Trotsky Internet Archive]

peculiaridades del pasado de Gran Bretaña en comparación con el de Alemania; pero, en la actualidad, tiene una importancia de décima categoría.

⁂

7 de enero de 1926

La fracción de izquierda al frente de los sindicatos lidera el Consejo General en una serie de cuestiones. Esto se manifiesta con mayor claridad en la actitud hacia los sindicatos soviéticos y hacia Ámsterdam[13]. Pero sería un error sobreestimar la influencia de estos sectores de izquierda sobre los sindicatos como organizaciones de lucha de clases. Esto no se debe tanto a que las masas de los sindicatos no sean lo suficientemente radicales; al contrario, las masas son infinitamente más de izquierdas que el más izquierdista de los dirigentes. En el movimiento obrero británico, las cuestiones internacionales siempre han sido el camino de menor resistencia para los "dirigentes". Al considerar las cuestiones internacionales como una especie de válvula de escape para el ánimo radical de las masas, los señores "líderes" están dispuestos a ceder hasta cierto punto ante la revolución (en otros lugares) solo para vengarse con mayor seguridad en las cuestiones de la lucha de clases interna. La fracción de izquierda del Consejo General se distingue por una total falta de forma ideológica y, precisamente por ello, es incapaz de consolidar organizativamente a su alrededor la dirección del movimiento sindical.

Esto también explica la impotencia de la izquierda dentro del Partido Laborista. Este último se apoya, por supuesto, en los mismos sindicatos. Podría parecer que la fracción de izquierda que "dirige" el Consejo General habría tomado el control del Partido Laborista. Pero en realidad vemos algo muy diferente. La extrema derecha sigue controlando el partido. Esto se explica por el hecho de que un partido no puede limitarse a campañas aisladas de la izquierda, sino que se ve obligado a tener una política sistémica global. La izquierda no dispone de tal sistema ni, por su propia esencia, puede tenerlo. Pero la derecha sí: de su lado están la tradición, la experiencia y la rutina y, lo más importante, de su lado está la sociedad burguesa en su conjunto, que les proporciona soluciones ya preparadas. Macdonald solo tiene que traducir las sugerencias de Baldwin y Lloyd George al lenguaje fabiano.

La derecha gana a pesar de que la izquierda sea más numerosa. La debilidad de la izquierda surge de su desorganización y esta, a su vez, de su falta de forma ideológica. Para poner en orden sus filas, la izquierda debe, ante todo, unificar sus ideas. Los mejores de entre ellos solo serán capaces de hacerlo bajo el fuego de la crítica más implacable, basada en la experiencia cotidiana de las masas.

⁂

12 de enero de 1926

Líderes más influyentes de la "izquierda", como Purcell, Cook y Bromley, además de nuestro crítico de "izquierda" en su carta, predijeron, todavía el 17 de septiembre, que el congreso del Partido Laborista se caracterizaría por un gran giro hacia la izquierda. Ocurrió lo contrario: el Congreso de Liverpool, celebrado pocas semanas después del Congreso Sindical de Scarborough[14], supuso una victoria total para MacDonald. Ignorar

[13] Se refiere a la Federación Internacional de Sindicatos reformista o "amarilla", restablecida en 1919 en Ámsterdam. Estaba compuesta por federaciones sindicales de países europeos dominados en su mayor parte por partidos socialistas reformistas y centristas, así como por el Congreso de Sindicatos Británicos (TUC). Los sindicatos controlados por partidos afiliados a la Internacional Comunista, o simpatizantes de estos, formaron la Internacional Roja de Sindicatos.

[14] El Congreso de Scarborough, celebrado en septiembre de 1925, marcó el punto álgido de un "interludio de izquierdas" en el TUC. Su presidente era el izquierdista Alonzo Swales, del sindicato de ingenieros, y entre sus políticas figuraban el apoyo general al socialismo y la reivindicación de más poder para el Consejo

este hecho, pasarlo por alto, minimizarlo o explicarlo por causas secundarias y accidentales sería una estupidez crasa y buscar la derrota.

El partido tiene, fundamentalmente, la misma base que los líderes sindicales. Pero el Consejo General, cuya autoridad es extremadamente limitada, no tiene ningún poder sobre los sindicatos individuales ni, mucho menos, sobre el país. Sin embargo, el Partido Laborista ya ha estado en el poder y está a punto de volver a estarlo. Esta es la esencia de la cuestión:

En relación con el Congreso de Scarborough, el periódico liberal *Manchester Guardian* escribió que la influencia de Moscú solo se hacía sentir en la retórica de izquierdas, mientras que, en la práctica, los sindicatos seguían bajo la dirección de líderes sensatos y experimentados. El periódico liberal necesita consuelo. Pero hay en sus afirmaciones un elemento de verdad, y uno considerable, además. Las resoluciones del congreso eran tanto más de izquierdas cuanto más se alejaban de las tareas prácticas inmediatas. Por supuesto, el carácter de izquierdas de las resoluciones es sintomático y marca un giro en la conciencia de las masas. Pero pensar que las figuras destacadas de Scarborough podrían convertirse en los líderes de un derrocamiento revolucionario del poder sería engañarse con ilusiones. Basta con recordar que se emitieron 3.802.000 votos a favor del derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación e incluso a la secesión, y solo 79.000 en contra. ¡Qué enorme giro revolucionario podría parecer esto! Sin embargo, en la cuestión de la formación de comités de empresa (no para un levantamiento armado ni para una huelga general, sino simplemente para formar comités de empresa y, además, solo "en principio"), la votación fue de 2.183.000 a favor y 1.787.000 en contra; en otras palabras, el congreso quedó dividido casi por la mitad. En la cuestión de la ampliación de las competencias del Consejo General, la izquierda sufrió una derrota total. No es de extrañar que, tras todas las resoluciones de la izquierda, el nuevo Consejo General haya demostrado ser más de derechas que el anterior. Hay que entenderlo claramente: este tipo de izquierdismo solo perdura mientras no imponga ninguna obligación práctica. En cuanto surge una cuestión de acción, la izquierda cede respetuosamente el liderazgo a la derecha.

⁂

13 de enero de 1926

Una radicalización espontánea de los sindicatos, que expresa un profundo cambio en las masas, es en sí misma totalmente insuficiente para liberar a la clase obrera del liderazgo de Thomas y MacDonald. La ideología burguesa nacional en Gran Bretaña representa una fuerza formidable, no solo en la opinión pública, sino también en las instituciones establecidas. El sindicalismo "radical" se estrellará una y otra vez contra esta fuerza mientras esté dirigido por centristas incapaces de extraer las conclusiones necesarias.

Al mismo tiempo que los sindicatos británicos fraternizan con los sindicatos soviéticos, que están bajo la dirección de los comunistas, en Liverpool el Partido Laborista británico (que se apoya en esos mismos sindicatos) expulsa a los comunistas británicos de sus filas, preparando así una operación gubernamental-fascista para aplastar sus organizaciones. Sería criminal olvidar ni un solo día que figuras de izquierda como

---

General. Sin embargo, no se debatió cómo se podría llevar a cabo la primera política ni cómo se podría hacer que la segunda defendiera los intereses de los obreros o resolviera la inevitable confrontación en la industria del carbón que se produjo en el mes de mayo siguiente. Con miembros de extrema derecha como Jimmie Thomas de vuelta en el Consejo General y Arthur Pugh en la presidencia, no había perspectivas serias de que el congreso pudiera liderar una lucha contra los empresarios o el estado.

Brailsford e incluso Lansbury aprobaron, en la práctica, la resolución de la Conferencia de Liverpool y culparon de todo ello a los comunistas.

Es cierto que, cuando la indignación ante el espíritu reaccionario de estado policial de la Conferencia de Liverpool se manifestó entre las bases, los líderes de la "izquierda" cambiaron rápidamente de línea. Pero para evaluarlos hay que tener en cuenta ambas caras de la cuestión. Los revolucionarios necesitan buena memoria. Los señores de la "izquierda" no tienen una línea propia. Seguirán oscilando hacia la derecha bajo la presión de la reacción burguesa-fabiana y hacia la izquierda bajo la presión de las masas. En momentos difíciles, estos piadosos cristianos siempre están dispuestos a desempeñar el papel, si no de Herodes, al menos de Poncio Pilato, y a la clase obrera británica le esperan muchos momentos difíciles por delante.

Dentro del Partido Laborista Independiente existe un movimiento a favor de la unificación de la Segunda y la Tercera Internacional. Pero si se les pregunta a estas personas si estarían de acuerdo, no con la unificación, sino con un acuerdo militante con los comunistas británicos, se echan atrás en el acto. En todas las cuestiones relacionadas con la revolución reina de forma suprema entre la "izquierda" británica un "amor por lo lejano". Están a favor de la revolución de octubre, del poder soviético, de los sindicatos soviéticos e incluso de un acercamiento a la Comintern, pero con la condición inamovible de que la constitución británica, el sistema parlamentario y el sistema del Partido Laborista no sufran ningún perjuicio. Es necesario dirigir el golpe principal contra esta repulsiva política hipócrita de la izquierda.

A esto hay que añadir que en las simpatías de muchos miembros de la izquierda por la Unión Soviética (junto con la hostilidad hacia sus propios comunistas) se esconde en gran medida la deferencia de la pequeña burguesía hacia un poder estatal fuerte. Esto no debe olvidarse. Por supuesto, el pequeño burgués que ha vuelto su mirada hacia la Unión Soviética es más progresista que el pequeño burgués que se pone de rodillas ante Estados Unidos. Esto supone un paso adelante. Pero no se pueden construir perspectivas revolucionarias sobre tal deferencia.

⁂

25 de diciembre de 1925

Un comunista extranjero que conoce bien Gran Bretaña y que acaba de marcharse de allí me escribió el otro día lo siguiente:

> Durante mi estancia en Inglaterra mantuve numerosas conversaciones con ciertos líderes destacados de la izquierda sobre el tema de la revolución británica. Me llevé más o menos esta impresión: están seguros de que, en un futuro próximo, obtendrán la mayoría en el parlamento y comenzarán una aplicación cautelosa, pero decisiva, de las reivindicaciones máximas de la clase obrera, como la nacionalización de las minas, de otros sectores industriales, de los bancos, etcétera. Si los industriales y los banqueros se atreven a resistirse, serán detenidos de inmediato y sus empresas también serán nacionalizadas. A mi pregunta: "¿Qué hará en ese caso la burguesía fascista, que tiene en sus manos el ejército y la armada?", respondieron: "En caso de resistencia armada por parte de los fascistas, serán declarados fuera de la ley y la abrumadora mayoría del pueblo británico respaldará al Partido Laborista en defensa del gobierno legítimo". Cuando señalé: "Dado que inevitablemente recurrirán a las armas, ¿no sería mejor preparar ya a la clase obrera para tal desenlace, de modo que las fuerzas armadas de la burguesía no puedan pillarla desprevenida?", respondieron: "Tal medida preparatoria sería una señal prematura de guerra civil e impediría que el Partido Laborista obtuviera la mayoría en el parlamento". A la pregunta: "¿De qué lado de las barricadas

estarán MacDonald, Snowden, Thomas y sus amigos?", respondieron: "Probablemente del lado de la burguesía". ¿Por qué, entonces, colaboráis con ellos contra los comunistas para reforzar una dirección del partido que traicionará a la clase obrera en el momento crítico? A esto respondieron: creemos que, a pesar de todo[15], conservaremos una mayoría en el parlamento a nuestro favor y que una escisión por parte de MacDonald y sus amigos liberales no amenazará en lo más mínimo un desenlace favorable para una revolución pacífica.

Este conjunto de impresiones personales y conversaciones es verdaderamente valioso. Estas personas han decidido de antemano llegar al poder únicamente a través de la puerta de los asnos que el enemigo, armado hasta los dientes y montando guardia, les ha señalado. Si ellos, los de izquierda, toman el poder (a través de la puerta indicada) y si la burguesía se levanta contra este poder legítimo, entonces el buen pueblo británico no lo tolerará. Y si por casualidad se descubre que MacDonald y Thomas (a quienes los sabios de la izquierda llevan a cuestas) están conspirando con la burguesía armada contra los obreros desarmados, esto no debería alarmar a nadie, pues los de la izquierda han previsto la victoria en tal caso. En una palabra, los espíritus valientes y los hombres sabios han decidido firmemente vencer a la burguesía, sean cuales sean las combinaciones políticas, y al mismo tiempo mantener las mejores relaciones con el parlamento, la ley, los tribunales y la policía. El único problema es que la burguesía no tiene intención de ceder a la izquierda el privilegio de la expropiación legal del poder. Al impulsar el ala fascista con mayor energía, a medida que la amenaza de guerra civil se hace más inminente, la burguesía encontrará medios suficientes para la provocación, para un golpe de estado legal, etcétera. A la hora de la verdad, la cuestión no es quién sabe interpretar mejor las leyes y las tradiciones, sino quién es el dueño de la casa.

El debate que se ha desatado recientemente en la prensa laborista británica sobre la cuestión de la autodefensa es sumamente significativo. La cuestión en sí no surgió como un asunto de levantamiento armado para la toma del poder, sino como una cuestión de cómo los huelguistas repelen a los rompehuelgas y a los fascistas.

Ya hemos demostrado en otra ocasión cómo el sindicalismo, por la lógica de su desarrollo (y especialmente en el período de declive capitalista), rompe inevitablemente el marco de la democracia. No es posible posponer arbitrariamente los conflictos de clase hasta la conquista de una mayoría parlamentaria. Oprimida por su propio declive, la burguesía ejerce presión sobre el proletariado. Este último se defiende. De ahí los inevitables enfrentamientos durante las huelgas. El gobierno prepara organizaciones de rompehuelgas a una escala sin precedentes. Los fascistas se alían con la policía. Los obreros plantean la cuestión de la autodefensa. En este punto, ya se han sentado las bases de la guerra civil.

Un obrero escribe en el *Labour Weekly* de Lansbury[16]: "El fascismo es pura y simplemente una organización militar y no se presta al diálogo. Solo puede contrarrestarse con éxito mediante una organización similar del otro bando". El autor recomienda tomar como modelo la organización militar del fascismo. Eso es correcto: el proletariado puede y debe aprender conocimientos militares del enemigo.

Y es de la misma fuente (el agudizamiento objetivo de las contradicciones de clase) de donde surge la aspiración de los obreros de atraer a los soldados a su bando. La agitación en el ejército y la marina es un segundo elemento poderoso en la guerra civil,

[15] Ernest Johns, en un artículo publicado en la edición del 5 de septiembre de 1925.

[16] Periódico dirigido por George Lansbury como alternativa al *Daily Herald*, que ahora estaba totalmente bajo el control de la derecha. Se publicó entre 1925 y 1926 y reflejaba, en general, las políticas de los líderes sindicales de "izquierda" del TUC y una desilusión incoherente, aunque en gran medida sin rumbo definido, tras el fracaso del gobierno laborista de 1924.

cuyo desarrollo no guarda una relación directa con la obtención de una mayoría parlamentaria. La deserción de una parte considerable de las fuerzas armadas hacia el bando de los obreros puede garantizar la conquista del poder por parte del proletariado sin necesidad de ninguna mayoría parlamentaria. La mayoría de los trabajadores en el parlamento puede quedar aniquilada si la fuerza armada está en manos de la burguesía. Quien no comprenda esto no es un socialista, sino un imbécil.

En oposición a la consigna de armar a los obreros, los sabios de la izquierda han reunido todos los prejuicios y tópicos de siglos pasados: la superioridad del factor moral sobre la fuerza, las ventajas de las reformas graduales, la idea anarco-pacifista de la huelga general pacífica (que reclaman no como medio de lucha, sino como argumento contra la insurrección) y una heroica disposición… a permitir la violencia en el llamado "caso extremo, cuando se nos imponga". Obviamente, esto significa cuando el enemigo te ha pillado desprevenido y te está aplastando, desarmado, contra la pared.

⁂

5 de marzo de 1926 (de una carta)

En Gran Bretaña, más que en el resto de Europa, la conciencia de las masas obreras (y, en particular, la de sus capas dirigentes) va a la zaga de la situación económica objetiva. Y es precisamente en esta dirección donde residen hoy las principales dificultades y peligros. Los dirigentes de todas las tendencias del movimiento obrero británico temen la acción porque el callejón sin salida histórico del capitalismo británico siempre plantea, por muy importante que sea, cualquier problema del movimiento obrero a quemarropa. Esto se aplica especialmente a la industria del carbón. Los salarios actuales de los mineros se mantienen gracias a una subvención del estado, que supone una carga para un presupuesto ya de por sí agobiado. Mantener la subvención significa acumular y agravar la crisis económica. Retirar la subvención significa provocar una crisis social.

La necesidad de una reconstrucción técnica y económica de la industria del carbón representa un problema profundamente revolucionario y exige una "reconstrucción" política de la clase obrera. La destrucción del conservadurismo de la industria del carbón británica, este pilar del capitalismo británico, solo puede lograrse mediante la destrucción de las organizaciones, tradiciones y costumbres conservadoras del movimiento obrero británico. Gran Bretaña está entrando en toda una fase histórica de grandes convulsiones. Solo los dirigentes sindicales conservadores británicos pueden esperar una solución "económica" del problema. Pero precisamente porque los dirigentes sindicales británicos orientan sus esfuerzos hacia una solución "económica" (es decir, pacífica, conciliadora y conservadora) del problema (es decir, que van en contra del proceso histórico), es por lo que el desarrollo revolucionario de la clase obrera en Gran Bretaña en el período venidero tendrá unos costes generales más elevados que en cualquier otro país. Tanto la derecha como la izquierda, incluidos, por supuesto, tanto Purcell como Cook, temen sobremanera el inicio del desenlace. Incluso cuando admiten de boquilla la inevitabilidad de la lucha y la revolución, en el fondo de su corazón esperan algún milagro que los libere de estas perspectivas. Y, en cualquier caso, ellos mismos se estancarán, eludirán, temporizarán, trasladarán la responsabilidad y, en la práctica, apoyarán a Thomas ante cualquier cuestión realmente importante del movimiento obrero británico (¡en lo que respecta a las cuestiones internacionales son un poco más audaces!).

Por lo tanto, la situación general puede caracterizarse de esta manera. El callejón sin salida económico del país, que se manifiesta con mayor intensidad en la industria del carbón, empuja a la clase obrera por el camino de la búsqueda de una solución, es decir, por el camino de una lucha aún más encarnizada. Su primera etapa revelará, en consecuencia, la insuficiencia de los métodos "habituales" de lucha. Toda la

"superestructura" actual de la clase obrera británica (en todas sus variantes y agrupaciones, sin excepción) representa un freno para la revolución.

Esto presagia, durante un período prolongado, la fuerte presión de un movimiento espontáneo y semiespontáneo contra el marco de las viejas organizaciones y la formación de nuevas organizaciones revolucionarias sobre la base de esta presión.

Una de nuestras principales tareas es ayudar al Partido Comunista Británico a comprender y reflexionar a fondo sobre esta perspectiva. Dentro del aparato sindical y entre su ala izquierda, los elementos activos (es decir, aquellos capaces de comprender la inevitabilidad de grandes luchas de masas, que no las temen y salen a su encuentro) deben ser seleccionados de forma mucho más enérgica y decisiva de lo que se ha hecho hasta ahora. La táctica del frente único debe situarse cada vez más y con mayor firmeza en el contexto de esta perspectiva.

En cuanto a la huelga de los mineros, no se trata, por supuesto, de una huelga aislada, por muy grande que sea, sino del comienzo de toda una serie de conflictos sociales y crisis. En esta situación, no es posible, evidentemente, orientarse por las concepciones de Purcell y otros. Ellos temen la lucha más que nadie. Sus pensamientos y palabras pueden tener a nuestros ojos, en el mejor de los casos, la importancia de un síntoma.

Los sindicatos británicos temen (tanto su burocracia como incluso su ala izquierda) nuestra "intervención" en sus asuntos internos tanto como lo hace Chamberlain.

Existen innumerables elementos inhibidores en el aparato de la clase obrera británica. Toda la situación puede resumirse en el hecho de que la alarma, el descontento y la presión de las masas obreras británicas chocan en toda la línea contra las barreras organizativas e ideológicas del conservadurismo del aparato. Bajo estas condiciones, preocuparse por la mejor manera de ayudar a los líderes impacientes equivale realmente a verter agua en el océano

Todo apunta a que, en Gran Bretaña, en el próximo período (pienso en dos o tres años), estallará una lucha contra la voluntad de las viejas organizaciones, pero ante la total falta de preparación de las nuevas. Por supuesto, incluso con la firme base revolucionaria (es decir, activa) del partido comunista y de los mejores elementos de "izquierda", no se puede dar por sentado que el proletariado llegue al poder por sí solo como resultado de la primera gran oleada. Pero la cuestión es esta: ¿Atravesará esta izquierda la primera etapa de la revolución al frente de las masas obreras, tal y como lo hicimos nosotros en 1905; o dejará pasar una situación revolucionaria, como hizo el partido alemán en 1923? Este último peligro es, en grado sumo, real. Solo puede reducirse ayudando a la izquierda (la verdadera izquierda, y no a Lansbury ni a Purcell) a adoptar una orientación eficaz. Y para llevar a cabo esta tarea (la de ayudar a los elementos revolucionarios de Gran Bretaña a encontrar una orientación correcta), hay que comprender claramente que todas las tradiciones, los hábitos organizativos y las ideas de todas las agrupaciones ya existentes en el movimiento obrero (en diferentes formas y con diferentes consignas) las predisponen bien a la traición directa, bien al compromiso, o bien a la contemporización y la pasividad frente a los que transigen, y a las quejas contra los traidores. [Véase más abajo un artículo adicional sobre este tema escrito el 6 de mayo]

⁂

13 de mayo de 1926

La derrota de la huelga general es "lógica" en la etapa actual, en el sentido de que se deriva de todas las condiciones de su origen y desarrollo. Esta derrota se podía haber

previsto. No hay nada desmoralizador en ello. Pero abordaremos más adelante las lecciones de la derrota y de la propia huelga general.

⁂

Anexos

De un discurso pronunciado en el VI Congreso de Obreros del Textil, 29 de enero de 1926

Basta con echar un vistazo superficial a la situación actual en los principales estados europeos para llegar a la conclusión de que la historia, al acercarse su día del juicio final, no está dispuesta a andarse con tonterías con Europa. El país más fuerte de Europa es Gran Bretaña. Apoyándose en Europa, Gran Bretaña se ha acostumbrado a una posición en la que gobernar el mundo le resulta tan fácil como respirar. El inglés (me refiero, por supuesto, al inglés dominante, un burgués o un lord) se ha considerado durante siglos nada menos que el gobernante del mundo. Sin embargo, hoy en día, el antiguo soberano de los océanos y los continentes se tambalea bajo golpes irreversibles: el auge de las colonias, su desarrollo económico y su impulso hacia la independencia; el auge nacional y el crecimiento de la industria en los dominios; el aumento de la competencia, primero por parte de Alemania (a la que hubo que estrangular) y luego de Estados Unidos (a la que no se estrangulará y que, de hecho, se encargará de estrangular a quien sea necesario). Y, por último, el crecimiento del poderío de la Unión Soviética, reflejo del auge de los pueblos y las clases oprimidos de todo el mundo. Gran Bretaña se está hundiendo cada vez más ante nuestros propios ojos.

Hoy, creo que habéis enviado un saludo al Comité de Unidad Sindical Anglo-Ruso. ¿Cómo surgió eso? Surgió a raíz del declive económico de Gran Bretaña. Los camaradas de la generación más veterana, aquellos que aprendían el marxismo hace veinte o veinticinco años, recordarán cómo se solía considerar a los sindicatos británicos como un baluarte del conservadurismo. ¿En quién depositábamos nuestras esperanzas? En primer lugar, en los obreros alemanes, y luego en los franceses, pero decíamos que los obreros británicos serían los terceros, cuartos o quintos en lanzarse a la lucha. Y esto porque las capas superiores estaban acostumbradas a una posición aristocrática que solo era posible gracias a la situación privilegiada de la industria británica. Hace veinticinco años (y eso no es tanto tiempo), los revolucionarios rusos de la época se habían ofrecido a confraternizar con los líderes de los obreros británicos, y si hace veinte años se hubiera enviado a Tomsky[17] a Londres para unirse a los sindicalistas británicos, estos le habrían mandado a freír espárragos. [*Risas*] Pero ahora los sindicatos reciben a Tomsky como a un hermano. ¿A qué se debe este cambio? A que las últimas décadas han socavado la industria británica, sin dejar rastro alguno de la posición privilegiada de la clase obrera, con el resultado de que el trabajador británico se ha proletarizado políticamente. Está en busca de una nueva fuente de apoyo y no es casualidad que la encuentre, ante todo, en nuestros sindicatos soviéticos. El Comité de Unidad Sindical Anglo-Ruso es la máxima expresión del cambio en la situación de toda Europa y, especialmente, de Gran Bretaña, que está teniendo lugar ante nuestros propios ojos y que conducirá a la revolución proletaria. No puede haber otra solución.

No hace mucho, un gobierno conservador llegó al poder en Gran Bretaña prometiendo subsanar los males económicos del país con políticas proteccionistas.

[17] El diputado Tomsky (1880-1936) se afilió al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1904. Bolchevique y presidente del Consejo Central de Sindicatos desde 1919 hasta 1928, año en que fue expulsado por pertenecer a la Oposición de Derecha. Se suicidó tras ser acusado en el Proceso de Moscú de 1936.

Predijimos el fracaso del señor Baldwin por este camino: Gran Bretaña vive de productos agrícolas importados, materias primas y productos semiacabados, por lo que no puede convertirse en un país proteccionista. Si un sector industrial prospera gracias a los aranceles protectores, otro perecerá. No obstante, Baldwin llegó incluso a atraer a un sector considerable de obreros prometiendo salvar la industria británica mediante un sistema proteccionista de elevados aranceles aduaneros.

¿Pero cuáles fueron los resultados? Se introdujo el proteccionismo para los guantes de señora, las tachuelas para alfombras y, creo, para el papel higiénico [*Risas*]… y para otros dos o tres artículos igualmente necesarios para la vida, pero sin que ello resucitara la economía británica. El último producto mencionado es posiblemente el símbolo más adecuado del programa proteccionista del gobierno conservador en acción. [*Aplausos, risas*]

Sin duda, ya en su discurso de Leeds, Baldwin nos instruyó a todos (especialmente a los transgresores como yo) en que el primer requisito es la gradualidad. ¡No hay que precipitarse, no hay que sobrepasar los límites, la gradualidad por encima de todo! Pero si Baldwin desea adoptar medidas proteccionistas para la industria británica con esta gradualidad, pasarán unos trescientos años mientras lleva a cabo su programa. La vida, por supuesto, no espera: la clase obrera se está desplazando hacia la izquierda y la formación del Comité de Unidad Sindical Anglo-Ruso no fue una casualidad. Y aún está por ver cómo, con la ayuda de Dios (pues en el reino de Baldwin nada puede suceder sin la ayuda de Dios), el régimen burgués británico será derrocado "gradualmente".

⁂

Prefacio a la edición francesa de ¿A dónde va Inglaterra? Europa y América, páginas 6-9 del formato pdf.
6 de mayo de 1926

Transcurrido un tiempo desde que este libro fue escrito. El Gabinete conservador ha terminado su luna de miel. Baldwin predicaba la paz social. Macdonald, que no estaba en condiciones de oponer fuese lo que quiera al conservadurismo, rivalizó con él en su odio contra la revolución, la guerra civil y la lucha de clases. Los jefes de los tres grandes partidos históricos proclamaban que las instituciones de Inglaterra eran por completo suficientes para asegurar la colaboración pacífica de las clases. Naturalmente, el pronóstico contenido en este libro sobre el porvenir del Imperio británico fue presentado por toda la prensa británica, desde el *Morning Post* hasta el semanario de Landsbury, como una locura desesperada y pura fantasmagoría moscovita.

Pero hoy la situación está algo cambiada. Inglaterra se halla conmovida por una huelga formidable. El Gobierno conservador sigue una política de ofensiva encarnizada; hace cuanto puede por provocar la guerra civil. Nunca se ha manifestado en Inglaterra con tanta claridad como hoy la contradicción existente entre los factores de las fuerzas sociales y la mentira del anticuado parlamentarismo.

La huelga inglesa ha nacido de la contradicción entre la situación actual de la economía británica en el mercado mundial y las relaciones tradicionales de la producción y de las clases sociales en el interior del país. Desde el punto de vista formal, la cuestión está planteada de la siguiente manera: disminución de los salarios de los mineros, prolongación de su jornada de trabajo, traspaso a los hombros de la clase obrera de una parte de los sacrificios que son necesarios para una verdadera reorganización de la industria hullera. Así formulada, esta cuestión es insoluble. Es perfectamente exacto que, sin sacrificios, y aun sin serios sacrificios por parte del proletariado inglés, la industria hullera, como asimismo en general toda la economía británica, no puede ser reorganizada.

Pero sólo un imbécil rematado puede creer que el proletariado inglés está decidido a admitir estos sacrificios sobre las viejas bases de la propiedad capitalista.

El capitalismo ha sido presentado en todo tiempo como un régimen de progreso permanente y de mejoramiento sistemático de la suerte de las masas trabajadoras. Al menos este fue el caso, hasta un cierto límite, para buen número de países en el transcurso del siglo XIX. En Inglaterra, por lo demás, la religión del progreso capitalista era mucho más fuerte que en cualquier otro país. Esta constituía precisamente la base de las tendencias conservadoras en el mismo movimiento obrero y particularmente en las Trade-Unions. Las ilusiones de la guerra fueron en Inglaterra de 1914 a 1918, y más que en ningún otro país, ilusiones sobre la potencia del capitalismo y el progreso social. Estas esperanzas debían ser coronadas por la victoria sobre Alemania. Y ahora la sociedad burguesa dice a los mineros: "Si queréis aseguraros por lo menos una existencia como la que habéis disfrutado hasta la guerra, tenéis que aceptar por un tiempo indeterminado un empeoramiento de vuestras condiciones de vida." En lugar de la perspectiva que se proclamaba hasta no hace mucho del progreso social constante, se propone a los mineros descender un escalón para no verse forzados mañana a descender dos o tres de un solo golpe. Es la declaración de bancarrota del capitalismo británico. La huelga general es la respuesta del proletariado, que no quiere ni puede aceptar que la bancarrota del capitalismo británico signifique el comienzo de la bancarrota de la nación y de la cultura británicas.

Empero esta respuesta está dictada mucho más por la lógica de la situación que por la lógica consciente. La clase obrera inglesa no tenía otra elección. La lucha, cualesquiera que hayan sido las maquinaciones de entre bastidores, fue impuesta por la presión mecánica de toda la situación. La situación mundial de la economía británica no admitía una base material para un compromiso. Los Thomas, los Macdonald, etc., han quedado reducidos a la situación de molinos de viento cuyas aspas se mueven a causa de un viento fuerte, pero sin proporcionar una sola libra de harina, toda vez que los granos faltan. El desesperado vacío del actual reformismo británico se ha manifestado con tal claridad, que los reformistas se han visto obligados a participar en la huelga general del proletariado británico. En esto justamente se ha manifestado la fuerza de la huelga, pero también su debilidad.

La huelga general es la forma más violenta de la lucha de clases. Inmediatamente le sigue la insurrección armada. Precisamente por esto la huelga general exige más que cualquiera otra forma de la lucha de clases una dirección clara, resuelta, enérgica; de otro modo, una dirección revolucionaria. Pero el proletariado británico no ha dejado ver en la huelga actual ninguna señal de una dirección semejante, y no cabe esperar que ésta aparezca de un solo golpe, perfecta, como brotada de la tierra. Empezó el Consejo General de las Trade-Unions con su ridícula declaración de que la huelga general no constituía una lucha política ni significaba, por consiguiente, un ataque contra el poderío del Estado, de los banqueros, de los industriales y de los terratenientes, y contra el santo Parlamento británico. Sin embargo, esta declaración de guerra de los fieles súbditos no convenció por completo al Gobierno, que siente que los instrumentos reales de fuerza se le escapan de las manos bajo los efectos de la huelga. El poder del Estado no es una idea, sino un aparato material. Si se paraliza este aparato de administración y de opresión, el poder del Estado queda igualmente paralizado. No se puede dominar en la sociedad moderna sin tener entre las manos los ferrocarriles, la navegación marítima, el correo y el telégrafo, las centrales de energía eléctrica, el carbón, etc. El hecho de que Macdonald y Thomas rechacen todo fin político los caracteriza a sí mismos, pero de ninguna manera caracteriza la naturaleza de la huelga general, que llevada hasta el fin tiene inevitablemente que colocar a la clase revolucionaria frente a la necesidad de la organización de un nuevo poder de Estado. Pero

justamente se oponen a ello con todas sus fuerzas aquellos que han sido colocados por los acontecimientos a la cabeza de la huelga general. Y en esto consiste el peligro principal. Unos hombres que no quieren la huelga general, que niegan su carácter político, que nada temen tanto como las consecuencias de una huelga victoriosa, inevitablemente se esforzarán por todos los medios en mantenerla dentro del cuadro de una semi-huelga semi-política, es decir, realmente en privarla de sus fuerzas. Es necesario ver los hechos tales como son. Los principales esfuerzos de los jefes oficiales del partido laborista y de un considerable número de líderes sindicales no tendrán por fin la paralización del Estado burgués mediante la huelga, sino, por el contrario, paralizar la huelga general por medio del Estado burgués. El Gobierno, en la persona de sus elementos conservadores más encarnizados, quiere, sin duda alguna, provocar una guerra civil en miniatura para tener la posibilidad de tomar medidas de intimidación antes del desarrollo de la lucha y rechazar así el movimiento obrero. Arrebatando a la huelga su programa político, los reformistas minan la voluntad revolucionaria del proletariado, conducen el movimiento a un callejón sin salida y obligan de este modo a las diferentes categorías industriales obreras a pequeños combates aislados. En este sentido, los reformistas se dan la mano con los elementos fascistas del partido conservador. Tal es el principal peligro de la lucha actual.

No es posible actualmente profetizar la duración de la lucha, su desarrollo y, con mayor razón, su resultado. Es preciso hacer todo lo posible, dentro del marco internacional, para ayudar a los combatientes y facilitarles las condiciones de la victoria. Pero es necesario darse cuenta perfecta de que esta victoria no es posible sino en la medida en que la clase obrera británica logre cambiar de jefes durante el desarrollo y la vigorización de la huelga general. Un proverbio americano aconseja bien cuando dice que no se debe cambiar de caballo al atravesar un torrente. Pero esta sabiduría práctica sólo es justa en ciertos límites; jamás se ha logrado atravesar un torrente revolucionario montando el caballo del reformismo. Y la clase que ha ido al combate con una dirección oportunista, se ha visto obligada a cambiarla bajo el fuego del enemigo. Esto determina de antemano la actitud de los elementos verdaderamente revolucionarios del proletariado británico y, sobre todo, de los comunistas. Estos sostendrán por todos los medios la unidad de la acción de masa, pero no permitirán la menor apariencia de unión con los jefes oportunistas del Labour Party y de las Trade-Unions. La lucha implacable contra todo acto o toda tentativa de traición y la crítica sin piedad de las ilusiones reformistas es la parte más importante del trabajo de los elementos verdaderamente revolucionarios que participan en la huelga general. Con esto, no sólo contribuirán a la indispensable tarea de la formación de nuevos cuadros revolucionarios, sin los cuales una victoria del proletariado británico es imposible, sino también al éxito de la huelga actual, agravándola, haciendo resaltar su carácter revolucionario, eliminando a los oportunistas y reforzando la posición de los elementos revolucionarios. Los resultados de la huelga, así los inmediatos como los lejanos, serán tanto más considerables cuanto con mayor energía aparte la voluntad revolucionaria de las masas las barreras y los obstáculos erigidos por la dirección contrarrevolucionaria.

La huelga no puede por sí misma cambiar la situación del capitalismo británico y en particular la de su industria hullera en el mercado mundial. Para ello precisa una reorganización de toda la economía inglesa. La huelga no es sino una enérgica manifestación de esta necesidad. El problema de la reorganización de la industria británica será resuelto por el nuevo poder, el nuevo Estado, la nueva clase dominante. Justamente en esto consiste la capital importancia de la huelga general: plantea claramente la cuestión del poder. La verdadera victoria de la huelga general no puede conseguirse sino por medio del adueñamiento del poder por el proletariado y la instauración de su dictadura. En las condiciones de la desesperada situación actual del

capitalismo británico, la huelga general menos que nunca puede ser un instrumento de reformas o de conquistas parciales. Más exactamente: si los terratenientes o el Gobierno accedieran a tal o cual concesión bajo la presión de la huelga, estas concesiones, dada la situación de conjunto, no tendrían una importancia ni profunda ni duradera. Esto no significa en modo alguno que la huelga actual se halle ante la alternativa siguiente: todo o nada. Si el proletariado británico se hubiera encontrado con una dirección que hubiese correspondido en cierto modo a su potencia de clase y a la madurez de las condiciones objetivas, el poder hubiera pasado en pocas semanas de manos de los conservadores a las del proletariado. Difícilmente puede esperarse tal resultado. Esto no quiere decir, repitámoslo, que la huelga no tiene esperanza. Cuanto más ampliamente se desarrolle, tanto más poderosamente conmoverá las bases capitalistas, tanto más contribuirá a eliminar a los jefes traidores y oportunistas, tanto más difícil será a la reacción burguesa pasar a la contraofensiva, tanto menos tendrán que sufrir las organizaciones proletarias y tanto más rápidamente volverá a abrirse la próxima y decisiva fase de la lucha.

Las enseñanzas y las consecuencias de la actual batalla de clases serán considerables, aun independientemente de su resultado inmediato. Cada obrero inglés se dará clara cuenta de que el Parlamento es incapaz de resolver las cuestiones fundamentales, vitales, del país. La cuestión de la salvación económica de la Gran Bretaña quedará planteada en adelante al proletariado británico como la cuestión de la conquista del poder. El golpe mortal alcanzará a todos los elementos intermediarios, mediadores, aficionados a los compromisos, seudopacifistas. El partido liberal, cualesquiera que sean las maniobras y las habilidades de sus líderes, saldrá más débil aún de esta prueba. En el seno del partido conservador, los elementos más implacables conseguirán la preponderancia. Dentro del partido laborista, el ala revolucionaria desarrollará su influencia y hallará una expresión más acabada. Los comunistas marcharán delante resueltamente. El desenvolvimiento revolucionario de Inglaterra dará un salto formidable hacia adelante.

Ahora es cuando el curso de los acontecimientos plantea seriamente, y sin que sea posible su aplazamiento político, las cuestiones discutidas en este libro. A la luz de la poderosa huelga actual, las cuestiones de la evolución y de la revolución, del desenvolvimiento pacífico y del empleo de la violencia, de las reformas y de la dictadura de clase ocuparán en toda su claridad el espíritu de cientos de miles y de millones de obreros británicos. No cabe duda alguna a este respecto. El proletariado británico, que ha sido mantenido por la burguesía y sus agentes fabianos en un estado ideológico terriblemente atrasado, avanzará a paso de gigante. Las condiciones materiales de Inglaterra están, hace tiempo, maduras para el socialismo. La huelga ha puesto al orden del día la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario. Si la huelga misma no provoca directamente esta sustitución, la aproximará considerablemente. En cuánto tiempo, no es posible, naturalmente, decirlo. Pero hay que prepararse también a plazos muy cortos.

L. Trotsky, Crimea, mayo 1926

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es